

Mario sonríe arrogante ante el espejo, listo para acudir a la manifestación convocada para esa tarde a través de Facebook y Twitter.

Animado siempre por su padre, que en vez de quedarse en psiquiatra hubiera querido llegar a profesor de universidad, estaba acostumbrado a monolar, y como cada día se preparaba mentalmente para ello.

Cierto que Platón proponía lo contrario, pero en realidad el discurso filosófico no admitía réplica alguna.

Uno llenaba sus exposiciones de palabras altisonantes, se hinchaba como un pavo, y comenzaba a disertar.

Las cosas funcionaban así.

De hecho sus profesores le invitaban a ello y le aplaudían ufanos.

Se trataba de una especie de pulso mental con el auditorio, o incluso de un combate de boxeo a través de la palabra.

Para triunfar, que era de lo que en todos los ámbitos se trataba, había que emplear ases verbales.

Para eso su padre le había regalado al empezar la carrera un libro con toda la terminología filosófica, pues afirmaba que al igual que en su trabajo, aquellas serían sus útiles herramientas.

Decía que el psicoanálisis, como ciencia, no servía para nada, pero como instrumento de dominación resultaba infalible.

Tenía la teoría de que la gente necesitaba doblegarse, pues se trataba de una necesidad espiritual básica, y para eso iban a su consulta, especialmente las mujeres.

Dios, los jefes, la familia, o la moda, estaban también ahí con el fin de someternos, pues nunca seríamos libres, ya que no teníamos la conciencia tranquila.

Éramos animales carnívoros, y no lo llevábamos nada bien.

Para eso necesitábamos creer en el absoluto, el que absolvía, el juez supremo.

La palabra venía del latín solvo, que significaba soltar.

La cuestión es que como nadie se encontraba libre de pecado, el ser humano se había inventado un ser supremo capaz de liberarlo de sus culpas.

Se trataba de un concepto religioso, pero también el lenguaje filosófico era capaz de manejar esas abstracciones, lo cual hacía elevarse a los filósofos, como a los prelados, por encima de sus congéneres.

Por eso le gustaba su profesión, ya que hacía hasta que su piel oscura se aclarara a ojos de los demás con tal sólo nombrar a Spinoza, Descartes, Hegel o Kant.

Y es que todos aquellos grandes filósofos se habían ocupado de lo más elevado, contagiándose sin duda de su pureza.

Sin embargo nunca llegaban a ponerse de acuerdo entre sí.

Si para Descartes y Spinoza el absoluto era una sustancia, para Kant consistía en una idea y para Hegel en un sujeto trascendental.

Eso quería decir que con el transcurso del tiempo se tendía a personificar a Dios más y más, pasando de lo abstracto a lo concreto.

De ahí el nihilismo, transformado en narcisismo absoluto, que en lugar de unirnos, como las religiones, nos separaba cada vez más.

Por eso quizás el arte, tratando de liberarnos, había pasado de la concreción a la abstracción.

En realidad esa idea era de Mónica, que sin haber estudiado filosofía, osaba hablar del absoluto como sinónimo de amor.

Había quedado esa tarde con ella, y pensaba seducirla.

La tengo en el bote, se dice sonriendo arrogante frente al espejo.